



## Alicia Castellanos Escudier



**FRANCISCO JAVIER SAN MARTÍN CASTELLANOS**  
*(Capitán de Fragata de la Armada)*

Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia Hispano Americana, Excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles y militares, Señores Académicos, Señoras y Señores, queridos amigos y familia:

Me resulta muy difícil hablar de mi madre en estos momentos, ya que apenas han transcurrido poco más de dos meses desde su fallecimiento, y aún es pronto para que las heridas hayan cicatrizado.

Día tras día vamos siendo conscientes de la gran trascendencia de su pérdida, del triste desenlace de un año y tres meses de contienda, de lucha sin cuartel contra una terrible enfermedad, de la que finalmente salió derrotada, a pesar de su deseo por vivir. Voy a intentar que la emoción no me venza, aunque pueden comprender que es tarea complicada.

No encuentro calificativos para describir a Alicia Castellanos Escudier, a mi queridísima madre, a la abuela y a la amiga de sus amigos. De sus cualidades humanas, podría exponer que fue una persona muy dinámica, luchadora y tenaz, práctica e inteligente, que consiguió en esta vida sus objetivos prioritarios, pero que antepuso por

encima de todo a su familia, sus hijos y a su marido Paco, mi padre, al que la mayoría de los que estáis aquí habéis conocido.

Pero no voy a detenerme más en los aspectos tristes, sino que voy a centrarme en los buenos recuerdos haciendo un repaso por su vida y vivencias, a través de esas numerosas singladuras felices que hemos tenido la fortuna de vivir junto a ella.

Mi madre nació en San Fernando, la más pequeña de diez hermanos. Pasó su infancia felizmente entre campos de huertas y árboles frutales, en la lindes del Observatorio de Marina de la Armada. No tuve la suerte de conocer a mis abuelos maternos, pero seguro que tuvieron mucho que ver en esa niña siempre sonriente, curiosa y despierta, que ya apuntaba maneras.

En esta cuna de las Cortes constituyentes de nuestra historia contemporánea, conoció a un joven y recién llegado teniente de IM<sup>a</sup> asturiano, del que se enamoraría, y permanecería junto a él casi cincuenta años después.

Me viene a la memoria cómo nos contaba con ilusión su luna de miel, en la que recorrieron el norte de España en un seiscientos, todo un emblema de la época.

En el año 1967 mi padre fue destinado a las islas Canarias. Junto a mi madre, con menos de un año de casados, se embarcaron hasta arribar a estas islas Afortunadas. Allí nacimos mi hermana Alicia y yo, y desde entonces, junto al resto de los cinco hermanos, se iniciaría esa conexión post-cordón umbilical, ese contrato implícito de protección y de consejera permanente, para poder afrontar los retos de la vida.

Recuerdo, ya de vuelta en la Península, sus inicios de estudiante en la UNED, esos exámenes y cuadernillos que tenía que compaginar con el cuidado de sus hijos pequeños, así como el nerviosismo por la llegada del cartero, que traía consigo esas calificaciones APTO o NO APTO. Con gran sacrificio y esfuerzo obtuvo la licenciatura en Geografía e Historia ya rozando los treinta años, pero siendo digno de admiración, que no descuidara sus obligaciones familiares.

Posteriormente fue el doctorado, donde empezó su vinculación con Filipinas y con la Historia de América, de la que ya no se separaría nunca.

En el año 2000 tuvo su primer contacto con el mundo dominico, siendo pregonera de la Virgen del Rosario Coronada, Patrona de Cádiz, y a la que mi padre y yo estuvimos ligados como marinos de guerra, al realizar nuestro viaje de instrucción a bordo del Buque Escuela Juan Sebastián de Elcano.

Su ingreso en esta prestigiosa Academia en junio del 2007 fue su siguiente gran hito, la culminación de ese anhelo por el conocimiento y el mundo Académico.

A lo largo de estos años comenzaría su labor de investigación, y de este modo iniciaría su periplo por el mundo de los archivos, invirtiendo además muchas horas de trabajo en ese pequeño cuartito con vistas a la Bahía de nuestra casa en Cádiz, y donde empezó a asumir que el ordenador y sus papeles ya serían compañeros de viajes inseparables.

Y fue en esos años también cuando se forjaría su idilio con “Cuarteroni”, un personaje que la marcaría ya de por vida.

Recuerdo cómo nos contaba la génesis de su libro *Cuarteroni y los Piratas Malayos*, cuando de estudiante veía siempre la placa conmemorativa que tiene en la avenida Ramón de Carranza, y se preguntaba quién sería el tal Cuarteroni. Luego, el destino le hizo encontrar el testamento de este personaje, siendo Comisaria de la Exposición “España y Filipinas”. Esto le llevó a los archivos de Propaganda Fide en Roma, proyecto en el que invirtió seis años de trabajo para completar su estudio, examinando archivos de España e Italia, y sacando a la luz la vida de este gaditano que liberó cautivos filipinos de los piratas moros-malayos, y fundó iglesias y misiones allende los territorios españoles de Borneo.

En palabras de mi madre, sacadas de una entrevista en *El País* (20/1/2005), Cuarteroni “Como personaje, traspasa la imaginación más remota. Hablaba francés, inglés, tagalo, malayo... Tenía los rasgos del hombre del siglo XVIII y el espíritu aventurero del XIX”.

La relación de mi madre con Filipinas se materializó con su viaje a este archipiélago y a Borneo, donde pudo comprobar de primera mano la magnitud del imperio español de esa época, así como verificar el legado de Cuarteroni. Singapur, Filipinas, Malasia, la isla de Labuan, Brunei... creo que no es necesario decir que fue uno de los viajes más apasionantes de su vida. Como ya conté en la presentación del libro de mi padre, en este viaje vivieron junto a unos buenos amigos múltiples aventuras, algunas peligrosas, como cuando tuvieron que ser rescatados por un barco de la marina malasia, tras ser sorprendidos por un tifón en aguas cercanas al Sultanato de Brunei.

O cuando fue invitada a Bayamón, Puerto Rico, para dar una conferencia en el Congreso Internacional “Los Dominicos en Hispanoamérica y Filipinas a raíz de la guerra de 1898”, y sufrió la fuerza del Huracán “George”. Se quedaron sin luz, sin agua, sin teléfono, y con la sala de conferencias inundada. Finalmente el congreso y las ponencias se pudieron desarrollar el último de los cinco días programados, no sin antes tener que retirar con un tractor los árboles caídos que impedían la entrada.

Desde el punto de vista académico nos ayudó en múltiples ocasiones, como hace tres años en mi Curso de Estado Mayor en un módulo de geopolítica sobre conflictos, me asignaron el trabajo “El problema del Sultanato de Joló”, una disputa muy poco conocida ocurrida en 2003 cuando un grupo armado de unos 200 milicianos filipinos invadió en nombre del Sultán de Joló la región malasia de Sabah, en el noreste del país, en base a unos derechos que se supone habían adquirido durante la época de dominación española.

Tras llevarse mis compañeros las manos a la cabeza pensando que nos había tocado el trabajo más difícil, les dije que todo lo contrario, que habíamos tenido mucha suerte, ya que mi madre era especialista en aquella zona de las antiguas Indias Orientales.

Mi pasión son los viajes y la historia, creo que lo llevo en el ADN. Yo también tuve la suerte de visitar Filipinas y de poder navegar por lo que fue parte de nuestro imperio colonial, que tiene hoy en día tanta importancia geoestratégica dentro de este mundo globalizado. He compartido con mi madre muchas conversaciones sobre asuntos históricos, y siempre admiré su gran conocimiento y seguridad sobre estos temas.

Se quedaron en el aire muchos de sus proyectos. El nuevo número de la *Revista Hispano Americana*, en la que tanta pasión, ilusión y horas de entrega invirtió, o el libro que estaba escribiendo sobre la casa de Guardiola, parientes de los Fantoni y con

antepasados que se remontan a la época renacentista italiana. Esta intensa actividad por otra parte, supuso una terapia que le evadía de sus dolencias.

No me cabe la menor duda de que este acto de la Academia es uno de los mayores homenajes que le podemos hacer a mi madre.

Estará sin duda muy orgullosa desde arriba contemplando a todos sus amigos y seres queridos en este escenario tan singular. Quiero reiterar mi agradecimiento en nombre de mis familiares por este acto.

Me gustaría terminar con una frase muy breve que leí hace poco en un libro de literatura de viajes que dice así “Donde hay un deseo, hay un camino”.

Creo que la vida de Alicia es fiel reflejo de este bonito dicho, y sus hijos y seres queridos navegamos por una derrota segura hacia buen puerto, guiándonos por las estrellas de esas personas tan extraordinarias que fueron mis padres.

*Casino Gaditano  
Cádiz, 28 de noviembre de 2017*